

DOS DISCURSOS SOBRE LA DEMOCRACIA

Alberto Lleras

INVITACIÓN A LA DEMOCRACIA

El 30 de abril de 1946 el Presidente Lleras se dirigió por radio al país invitando a los colombianos a realizar un acto electoral sin fraude ni violencia. Ese día terminaba la campaña electoral, al suspenderse la propaganda política.

La costumbre, aleccionada por los duros golpes de la experiencia, ha establecido en Colombia que después de la campaña electoral, y antes de que ella termine, se haga una especie de pausa, destinada a que la última etapa, la decisiva y culminante de las votaciones, se cumpla dentro de una atmósfera menos caliginosa y propensa a los actos de irreflexión y violencia. Esa etapa ha comenzado ya. Las primeras restricciones entraron en vigor desde anoche. Las conferencias de todos los oradores han sido suspendidas. Está limitado el derecho de reunión en los sitios públicos, y no habrá ya manifestaciones hasta después de 24 horas de terminada la votación.

Yo deseo aprovechar esta tregua para llevar al ánimo de mis compatriotas todavía más razones de aquéllas que pudieran brotar espontáneamente de su reflexión sobre la importancia que tiene el acto del 5 de mayo para la Nación entera, ya que parcialmente han escuchado y adherido a los juiciosos argumentos que se les han presentado sobre la conveniencia de que voten por uno u otro candidato, en los cuadros de los diversos partidos. Creo así contribuir, no sólo como Jefe del Estado, sino como simple colombiano, llevado, por mis propias convicciones sobre la misión actual del Gobierno, a permanecer neutral en la lucha, a que el acto cívico del domingo próximo sea, efectivamente, cívico, propio de ciudadanos, adecuado a nuestra reputación internacional, ajustado' a lo que le conviene a Colombia como nación, entre las demás naciones. Y también a lo que conviene a todas las personas que habitan su suelo, y que forzosamente, tendrán que seguir conviviendo después de esta batalla civil, buscando conjuntamente mayor grandeza para la República, cada una en su sitio de trabajo, cada una en cumplimiento de función social, pero todas subordinadas a las condiciones que 'se lleguen a crear como consecuencia del debate.

El Gobierno tiene un interés, una meta, un deber superior en las elecciones del domingo: La conservación del orden. En la más vasta aplicación de ese término, que no es solamente que no haya choques en las calles, ni reyertas y muertos en las aldeas, ni escándalos colectivos. Sino que el supremo orden nacional, que está organizado y regido por una serie de disposiciones y leyes fundamentales, se imponga sobre toda otra consideración y salga consolidado de la prueba. En ese orden está excluido cualquier acto de violencia, y cualquiera otra forma de delito o contravención de las leyes. De tal manera que si hay fraude a la voluntad popular, no se ha conservado el orden. Y lo mismo si se ha atropellado la libertad del elector que si se le ha invalidado su derecho, por la picardía, se conspira contra el orden público.

Pero os pido que no penséis que el Gobierno tiene ese interés solamente por él, como si dijéramos, por salir bien del paso, rindiendo unas cuentas satisfactorias, como gen darme acucioso. En este caso, tengo la convicción más profunda de que el interés del Gobierno se confunde totalmente con el de los colombianos, y también, sin jactancia, de que es hoy el interés de la República más globalmente, más desinteresadamente interpretado que cualquiera otro que pudiera presentar un solo grupo o asociación

partidista, para reclamar la atención de los electores. Yo he sido militante político, y no de los menos combatientes. Por eso sé que no es un cargo a nadie afirmar que hay un momento en las luchas de los partidos en que aun los más patriotas llegan a considerar que de tal manera tienen la razón sobre los demás, que sinceramente prefieren todos los desastres a ceder un centímetro en su legítima ambición de predominio. En una de las más firmes democracias del universo, recientemente, vimos cómo un jefe de gobierno, cuya máxima tarea ante la historia será sin duda el haber reunido a sus connacionales para la más heroica resistencia y haberlos mantenido, sin una sola escisión, hasta la victoria, por encima de muchas derrotas parciales, se volvió súbitamente contra sus compañeros de trabajo y padecimientos, y pareció, en un instante, tener más interés en la nueva división de su patria, todavía en peligro, que en el prodigioso esfuerzo realizado para unirla. Esa extraordinaria figura no se amengua, sin embargo, por la acción que muchos, desde afuera, no podrían entender. Empero, el caso es comprensible por tratarse de una democracia de tal manera pura y casi perfecta, que nadie puede afectarla en su solidez, con ningún acto individual, por poderoso que sea quien lo ejecute. En ese país nada se derrumba, porque tiene cimientos seculares de cultura política.

Porque se pasa del poder, a la oposición, ante el fallo de los electores, libérrimos para darlo, y sólo se cambia de sitio en el servicio público. Y porque nada es irreparable y definitivo en donde la opinión va controlando uno a uno todos los actos del Gobierno, y va poniendo ella misma los límites que le parecen necesarios, aparte los intransferibles límites que tiene el derecho de cada ciudadano, y ante los cuales cualquier gobierno, por fuerte que sea, se detiene, respetuoso.

Nuestro caso es bien diferente, y por eso me atrevo a afirmar que el Gobierno recoge en este momento, mejor que todos los programas, el interés del pueblo colombiano, cuando quiere que las elecciones sean ejemplares, no importa cuál sea su resultado. Algunos partidos os dicen: la victoria, primero, y desde luego, elecciones limpias y sin violencia, pero en segundo término. Otros os dicen: la victoria, a la cual hay que sacrificar todo, la vida, si es necesario, la tranquilidad, si es preciso. El Gobierno no os puede hablar ese lenguaje, porque como Gobierno, no tiene candidato, no tiene partido tomado en la pugna, y porque sabe que toda victoria que no se realice dentro de la condición principal de ser pacífica y pura, no le servirá a Colombia para nada, ni a los que la piden, ni a los que la obtengan, ni a los vencedores, ni a los vencidos. Mi principal objeto al hablaros esta noche, es el de llevaros a compartir la convicción de que no es solamente un problema del Gobierno el de guardar la paz, el de hacer respetar el sufragio, el de impedir el destrozo sangriento de vidas, el de atajar la delincuencia, sino un problema vuestro, de todos, mujeres y hombres de Colombia, por vosotros y por las generaciones que todavía no han nacido.

En este debate electoral, y en todos los anteriores, habéis oído con atención y entusiasmo cómo, con desvelado ánimo de satisfacer las ambiciones justas de la mayoría de los colombianos, quienes aspiran a gobernarlos exponen planes de trabajo y desarrollo de extraordinaria, trascendencia. Todos ellos son atractivos, y no hay la más leve sombra de insinceridad en esos propósitos. La mayor parte de esos prospectos se realizarán, a haber circunstancias favorables, si el candidato que los expone logra el triunfo. Pero permitidme que os diga esta noche, sin el menor escepticismo sobre las aspiraciones que se han agitado en la campaña electoral, que yo, después de haber vivido intensamente la lucha política colombiana y de haber alcanzado tan altos puestos, sin merecimientos bastantes, he llegado a una conclusión, que os presento cándidamente: el país necesita, ciertamente, carreteras, ferro carriles,

fomento económico, producción, trabajo bien remunerado y protegido, sanidad, alimentación mejor, todo eso, y mucho más. Pero su problema esencial, el que no da más tiempo, el cardinal entre los asuntos públicos, es otro. Es, fundamentalmente, el de modificar y perfeccionar su vida política. Es mucho menos de leyes, que de resolución colectiva. Es mucho menos que de gobierno, de voluntad popular. Lo primero que necesitamos es ser una democracia auténtica, y lo demás, vendrá por añadidura. Mientras subsista entre nosotros esta tremenda intolerancia, esta falta de fe en los sistemas democráticos, esta cotidiana sustitución de las leyes por la fuerza, por el grito, por el disparo, por el choque, y esta absoluta inconformidad con las decisiones que resulten libremente de las votaciones, Colombia dará el espectáculo bárbaro de prepararse cada cuatro o cada dos años para una guerra civil, y de realizarla, en parte, dentro de una conmoción general del orden, que, por desgracia, no es sólo ruido de palabras, viento sectario agitado sobre las muchedumbres, sino un saldo trágico de colombianos muertos y heridos, y la renovación de nuestros odios, con dramáticas consecuencias, en las ciudades y en los campos, donde la venganza se continúa cobrando, ojo por ojo y diente por diente, quién sabe hasta cuándo. Mientras no resolvamos este problema, nada habremos resuelto. Y sólo tiene una solución: buenas elecciones. Todo el drama de nuestra democracia reside en que votar no es todavía una función apacible y sagrada del ciudadano, sino la reminiscencia de nuestro pasado de guerras civiles. Y por esa grieta que hemos dejado abierta, después de haber cubierto tantas otras para enterrar decisivamente nuestro pretérito inculto, se nos está acabando la paz, se nos están filtrando el desorden y el desconcierto, se nos está corrompiendo la Patria. Esa grieta no se puede tapar sola mente con leyes, decretos, o Policía y fuerzas armadas. sino con las manos de todos nuestros compatriotas, animadas por una inflexible voluntad de no permitir que la delincuencia se envuelva en las puras banderas de los partidos, y que, aplastada por largos períodos, bajo el rigor de los jueces y los códigos, resurja absuelta y disfrazada de virtud y de heroísmo, en estos días en que no se debiera apelar al valor de las gentes, ni a su entereza ante el peligro, ni a su decisión de muerte, sino directamente a su conciencia, su buen juicio y su rectitud.

Nuestras elecciones han venido siendo manchadas secularmente por dos abominables instituciones antidemocráticas y antinacionales: la violencia y el fraude. Contra ninguna de las dos se ha combatido todavía con suficiente eficacia, aunque sí, justo es reconocerlo, con entereza y con energía en este último siglo. No sabría decir cuál es peor, y me aterra pensar que los colombianos estuviéramos colocados ante la alternativa de escoger entre dos delitos. Algunos me han dicho: la violencia, al menos, tiene cierto riesgo para quien la ejecuta, y hay algo de varonil en correrlo. Ello no es, tampoco, cierto. En primer lugar, la violencia es desencadenada, se ordena, se estimula, fuera de todo riesgo, por control remoto. La violencia más típica de nuestras luchas políticas es la que hace atrozmente víctimas humildes en las aldeas y en los campos, en las barriadas de las ciudades, como producto de choques que ilumina el alcohol con sus lívidas llamas de locura.

Pero el combustible ha sido expedido desde los escritorios urbanos, trabajado con frialdad, elaborado con astucia para que produzca sus frutos de sangre. O se ha planeado toda la maniobra que conduce al encuentro, en apariencia fortuito, con una monstruosa sagacidad, buscando resultados inconfesables, y ocultando la mano que ha preparado el crimen. De repente sobreviene el conflicto, y en la plaza del pueblo o en la venta rural queda tendido un colombiano humilde, destruida una familia, en la miseria un grupo de gentes que dependían de él para su sustento, y comienza a

difundirse el pánico por los campos. A eso no puede llamársele morir por un partido, por una causa, por una idea. Porque estos sacrificios que la pasión insensata ofrece a los partidos y a las ideas son estériles, cuando no son vulgares crímenes en los cuales los elementos espirituales de la lucha política están totalmente proscritos. Porque, ¿cómo se sirve una causa política, filosófica o moral en una democracia? Todo está previsto en ese sistema para que haya canales regulares y limpios por donde la opinión del más modesto ciudadano puede llegar hasta el gobierno, y aun constituirlo, sin que nadie deba morir por ello, ni sacrificar cosa alguna. Los sacrificios ya fueron hechos, para organizar la Nación colombiana tal como está organizada. Porque se pudiera votar libremente, se combatió desde 1810 hasta los primeros años de esta centuria, y al fin hubo un acuerdo en las leyes sobre el procedimiento para votar y la manera de aplicar los resultados a las elecciones. Lo que hay hoy, dondequiera que aparece la violencia, es una reacción delincuente contra el derecho ajeno, es una resistencia a aceptar lo que consiguieron los esfuerzos combinados de los dos partidos tradicionales, con sus guerras y con sus controversias parlamentarias. Nadie tiene por qué morir; no es necesario que nadie se sacrifique, si hay elecciones honestas. Si estamos dispuestos a aceptar lo que resuelva el conjunto de los votos de los ciudadanos, interponer la violencia no es heroico sino fraudulento, no es hermoso sino criminal, no es arrojo sino culminación de la mala fe. ¿Por qué se pide a las gentes sencillas de la Nación que vayan a las votaciones resueltas a sacrificar se? Porque todavía se desconfía de las elecciones. Y por lo tanto, está sin resolver aún el más grave problema colombiano, cuya única solución es un procedimiento electoral de tal manera invulnerable a la farsa y a la adulteración, que su fallo sea tan inapelable como las sentencias de los jueces en instancias definitivas.

Sobrevive de nuestras peores épocas de barbarie política, el fraude. El fraude es otra expresión de violencia, pero cobarde. El que no se atreve a desconocer el derecho de sufragio a plena luz, encuentra la manera de hurtar a un ciudadano su voto, como quien le roba la hacienda, pero comprometiendo el orden público general, con lo cual hace su delito más grave que el hurto. Yo no he oído una sola palabra, en lo que llevo de existencia, para elogiar, justificar, explicar siquiera el fraude. Pero aún está allí y está consentido, tolerado, aceptado por los mismos que se sentían deshonrados de acudir a los auxilios de un cuatrero o un estafador en la dirección de un negocio privado, y que, sin embargo, aceptan, sin mucho escrúpulo los oficios de un maleante del sufragio. Pero contra ese torpe mal, que nos avergüenza a todos, no se lucha sólo con el Gobierno, sino con la concurrencia de todos los esfuerzos individuales, con la energía de los ciudadanos altos o humildes, para desenmascarar y castigar a los culpables de esa delincuencia, y para rechazar el resultado de sus maniobras, haciendo nulo su propósito. Porque condenar al que hizo fraude y consagrar el buen éxito de su trabajo, es peor y más odiosa injusticia, cuando se dobla de hipocresía. Por eso debemos saludar en esta campaña, con entusiasmo, la declaración de uno de los candidatos, dirigida a sus partidarios, de que prefiere la derrota a una victoria manchada. Y ésta por muchísimas razones, es equivalente a una derrota y no servirá de nada a quien le sea ofrecida en tan precarias condiciones. Desde luego, gobernar con ese título, será imposible.

Pero ya he dicho que es ese el problema más importante y más general de la Nación, y ahora debo referirme concretamente, no a sus soluciones lejanas, sino a los esfuerzos que debemos hacer, que estamos haciendo ahora mismo, y para estos días, en la lucha por perfeccionar nuestras costumbres y defendernos de los dos géneros de delincuencia que ensucian y corrompen la fuente del Poder Público en Colombia. Ante

todo quiero llamaros la atención, colombianos que me escucháis, y en especial, autoridades de la República, al deber que tenemos en esta elección para con Colombia, antes y por encima del deber particular con cada partido, que cada uno de vosotros entiende a su manera. Examinemos primero si tenemos o no una obligación para con la reputación de la patria y si vale o nó la pena de cumplirla. Si os dijeran mañana que el honor y el nombre de la República han sido ultrajados por gentes hostiles, ¿no sentiríais hervir la sangre en las sienes, y no estaríais dispuestos, como lo estuvisteis siempre, a vengar cualquier ofensa? Si os dijeran que un pedazo del territorio ha sido invadido y sojuzgado ¿no os alistaríais bajo banderas, inmediatamente y sin reflexión segunda, para reconquistarlo? Si sintierais un peligro para el patrimonio de Colombia, cualquiera que él fuese, ¿no os uniríais todos para conjurarlo? Claro que sí. Y no estaría el Gobierno solo, sino que lo asediaríais para ofrecerle cooperación, para solicitar un puesto de peligro, para ofrecerle lo que tenéis si de algo pudiera serle útil. Pues bien: Colombia no tiene un gran patrimonio territorial, ni financiero, ni es una potencia militar, ni su puesto en el mundo lo ha conquistado en las batallas, ni se distingue de las demás naciones por cosas excepcionales, salvo una. Salvo una, que es su fama de nación culta, democrática, civilizada, respetable y libre. Si recorréis el mundo es posible que no encontréis muchas personas que sepan de nuestra geografía, ni de nuestros héroes, ni de nuestros esfuerzos mercantiles o industriales, ni de nuestros hechos de armas. Pero sí, con mucha más frecuencia de lo que puede suponerse, con quienes, habiendo estudiado los hechos americanos y la composición y psicología de estos pueblos, profesan una sincera admiración a lo que aquí tenemos y de lo cual gozamos sin exacta conciencia de su valor. De hecho en el Continente Americano no hay pueblo en donde no se conozca y reconozca la reputación democrática de Colombia, y donde se ignore que desde Francisco de Paula Santander somos una República de Leyes. Pero también, entre las personas cultas del mundo entero hay conciencia de ese hecho. Recientemente, en San Francisco, hablando por primera vez con el Delegado y Ministro de Relaciones Exteriores de la China, el doctor Soong, me preguntó directa y vivamente a qué podía atribuirse el fenómeno de que siendo la composición étnica, religiosa, política y aun geográfica de Colombia semejante a la de muchos países del Continente Americano, entre nosotros no se hubieran presentado revoluciones en este siglo, y la democracia se asentara firmemente. Os confieso que no sé todavía cómo respondí, tal confusión alegre me produjo el para mí sorprendente reconocimiento de una virtud colombiana hecha por un hombre de letras, sí, pero de tan remota parte del mundo con la cual apenas hay memoria de haber mantenido Colombia relaciones de algún género. Y así, en las conferencias internacionales, en las cuales la suerte nos ha deparado tan grande suceso en los últimos tiempos, en las universidades y en los centros de estudio, Colombia no es un productor de café, solamente, sino ante todo, un país libre y seguro. En un solo día, en una orgía oclocrática de ocho horas podemos arrancarle, nosotros mismos, esa fama, y cubrirla de oprobio. Son doscientas palabras transmitidas por las agencias extranjeras de noticias las que llevarán hasta el más lejano rincón del mundo una información que desbaratará, para siempre, la obra de millones de colombianos vivos y muertos, la prodigiosa tarea de nuestros varones de pluma, de pensamiento, de acción, e inclusive de armas, porque todos ellos tuvieron como finalidad suprema, desde Bolívar hasta nuestro tiempo, la de perfeccionar la fisonomía democrática del país, para cerrar el paso a la dictadura, a la violencia de las turbas, a los escándalos que han envilecido a otras naciones, y las han preparado para el desdén del mundo ante sus dolores, o aun la pérdida de su autonomía. Bastará que los corresponsales refieran que ha habido dos docenas de muertos, choques en todas partes, y fraude en numerosos sitios para que el mundo comience a desinteresarse por nuestra Nación, de la cual sabían o creían saber que era de muy otras características.

En medio del dolor, de la injuria, y de la vejación que yo sentiría en tal momento, os aseguro que tendría un minuto de vergüenza para recordar al antiguo Canciller de la China, después su Primer Ministro. Y también a los millares de extranjeros que he encontrado y que se han referido siempre a mi Patria con admiración y respeto, y con cuya colaboración he podido contar más de una vez para servir a Colombia, como les ha ocurrido a tantos otros compatriotas, sólo porque detrás de nosotros estaba esa historia sagrada de leyes, de libertades, de gobiernos legítimos, de orden y de buena fe. En este tiempo en que el mundo se gobierna por una Asamblea en la cual Colombia tiene un puesto, qué deshonor y qué afrenta que ese puesto sea manchado con el recuerdo de infamias llevadas a cabo, en medio de olas" de pasión y ciegamente, por conciudadanos irresponsables. Porque ello equivale, además, en el terreno concreto de los hechos, a desarmar la República para la recta defensa de su soberanía y de sus intereses, y un crimen político, un fraude; un acto de violencia es un hecho semejante en las circunstancias actuales del mundo, al de traicionar a un ejército que va sobre el enemigo. Yo tengo la convicción de que si Colombia no hubiera estado en guerra civil, destrozada su unidad, sin ningún valor moral ante el mundo a causa de sus disensiones, su barbarie política, sus golpes de estado, sus desórdenes, jamás hubiera sido mutilado su territorio, y ni aun el más audaz imperialismo se hubiera atrevido contra su integridad, como nadie se atrevió contra Suiza, colocada en el centro de las más terribles conmociones y rodeada de sucesivos gobiernos conquistadores y de imperios temerarios. Nuestra mejor defensa, y la mejor defensa de nuestros intereses no está en la diplomacia, ni en las fuerzas armadas, ni en la decisión suprema que tenemos los colombianos de morir por la República, sino en nuestra dignidad de pueblo libre, no sólo de toda tutela exterior, sino libre dentro de sus fronteras. Y bien: eso puede sacrificarse el domingo próximo, o puede salvarse. Yo espero que no haya dilema, ni alternativa para ningún buen patriota.

Pero, además, tal como se presentan los acontecimientos electorales, se puede predecir que no habrá una victoria mayoritaria, cualquiera que sea el candidato victorioso. Ninguno de los tres creo yo que aspire a vencer por un número de votos que supere a los de sus dos adversarios reunidos. Y si va a haber un gobierno de minorías. Apoyado por una minoría que tiene derecho al poder, sólo por ser superior a cada una de las dos minorías restantes, ese Gobierno sólo será firme, sólo será fuerte, sólo podrá gobernar y dar estabilidad a Colombia, si la victoria es pura, y se reconoce su legitimidad irrecusablemente, apenas sea conocida. Fraudes, violencias, atropellos, motines, ciudadanos a quienes se les arrebató su derecho a opinar en esta controversia decisiva para el porvenir colombiano, muertos vertiendo su sangre sobre la credencial del Presidente, sólo destruirán la laboriosa historia de Colombia ante los ojos de los extraños, pero no crearán nada en el interior. Sino la inseguridad, la anarquía, la incertidumbre, el pánico, y la ruina de la prosperidad actual, que se verá abatida por una etapa de desasosiego y de protestas. Si alguna vez la violencia y el fraude sirvieron abominablemente para algo, esta vez serían estériles, a más de abominables. Jamás estaría tan cerca y tan claro el castigo de la delincuencia como en esta hora, cuando el torpe impulso que llevara a cualquier colombiano a servir tan inicua mente a su partido encontrara ante sí, no sólo el juez, no sólo el Código Penal, sino la injuria a la Patria y la inutilidad total de su diabólica empresa.

Hace pocos días me he dirigido a los Gobernadores y a los Alcaldes; de toda la República renovando una y otra vez mis instrucciones y los propósitos del Gobierno en estas elecciones, pero quiero reiterarles ahora ante todos mis conciudadanos, para que quien tenga mi representación o la agencia directa o indirecta del Gobierno vea bien claro que no he cedido un punto en la resolución inquebrantable que tomé cuando fui

llamado a la Presidencia, y sobre la cual estoy dispuesto a correr todas las contingencias, sin abandonarla. He sabido que hay gentes haciendo circular la especie de que el Gobierno ha cambiado de opinión, y ha puesto a un lado sus convicciones, para participar, a última hora, de la lucha. De seguro nadie responsable, nadie que se respete puede estar en esa aventura chismosa, pero aun así, por si hay ciudadanos cándidos que puedan ser objeto de un engaño, quiero repetir esta noche que el Gobierno no tiene candidato, y que entiende que su única misión, la única que le corresponde, y la única que considera digna de sus funciones constitucionales, es la de garantizar a la República que puede elegir mi sucesor como le venga en gana, sin la más leve intervención de parte del Gobierno.

Ya lo he dicho otras veces: sé bien que en una democracia pura, auténtica y vieja, como Inglaterra, como los Estados Unidos, donde el sufragio esté garantizado contra toda presión, y la opinión pública tenga igual modo de defender su autonomía en las capitales y grandes centros urbanos que en las aldeas y los campos, no sólo es costumbre, sino costumbre lícita, que el Gobierno de partido combata por la supervivencia de sus ideas, mano a mano con la oposición. Pero también he llegado al convencimiento de que en Colombia ello no es posible, ni es lícito, porque la intervención del Gobierno no se realiza en el plano de las ideas, solamente, sino que va descendiendo gradualmente por los sucesivos escalones de la jerarquía administrativa hasta trocarse en el palo de los resguardos y los policías municipales en los Municipios pequeños, y en la más sorda, repugnante y odiosa violencia. Nosotros no estamos gobernando a Inglaterra, sino a Colombia, y debemos hacerlo de acuerdo con su circunstancia. Yo pregunto: ¿qué hubiera ocurrido si el Gobierno actual se hubiera parcializado en la lucha? ¿A dónde habrían vuelto sus ojos los colombianos que estuvieran del otro lado? ¿A quién hubieran pedido garantías? ¿Quién hubiera podido otorgárselas, y aun, otorgadas, quién hubiera creído en la buena fe oficial? Y, si cuando se da una oportunidad inequívoca a los ciudadanos para organizarse y luchar por sus candidatos dentro de un campo de igualdad y juego limpio hay ya tanta vehemencia, tanta exageración, tanto choque y tumulto, ¿cómo sería si hubiésemos arrojado las armas oficiales, los recursos del Gobierno, los empleados públicos, la influencia oficial a la hoguera en que están ardiendo las pasiones más tempestuosas? Y si, pasadas las votaciones, el candidato favorecido por la inclinación oficial hubiese salido triunfante, ¿habría podido gobernar? Esa profunda herida, esa irritación justa, esa sensación de haber sido frustrado un empeño legítimo por la desigualdad de la lucha, habría seguido envenenando el ambiente, y habría hecho, así sí, invivible la República. En cambio yo aspiro a que cualquiera que sea el resultado de las urnas, el Gobierno se conserve como una fuerza moral y política unánimemente reconocida, para que al día siguiente de las elecciones empiece su tarea de hacer respetar, y acoger tranquilamente el resultado del voto popular. No espero, desde luego, que no ocurra ahora, como siempre pasó, que lo que el sábado será una verdad nacional indiscutible, es decir, la imparcialidad y rectitud del Gobierno, el lunes se trate de presentar por los vencidos como una farsa. Pero eso no es lo que me interesa. A la vista de quien quiera examinarlos están todos los documentos de la ardorosa empresa de garantías que hemos realizado en el Gobierno, principalmente en el Despacho del Ministro Fernández de Soto y en el mío, y allí han tenido ocasión de verlos, en cada caso, los jefes de todos los grupos. No hay un solo ciudadano en el territorio de la República que pueda decir que hemos fallado, un instante siquiera, en nuestra determinación, y, es justo reconocerlo, nadie nos ha pedido que lo hagamos. Ministros del Despacho de todos los matices políticos y pertenecientes a los dos partidos históricos, conocen bien a fondo la posición que tiene tomada el Gobierno del cual forman parte, y son testigos excepcionales de la buena fe de todos sus colegas. Hemos

llevado la práctica de la neutralidad hasta extremos bien conocidos, y no tenemos arrepentimiento, sino, al contrario, satisfacción de haber cumplido nuestra palabra. Sabíamos, y sabemos que estamos trabajando, modestamente, para la historia de Colombia, y no para llevar allí nuestros nombres humildes, sino para sentar precedentes que harán de la República una democracia a la altura de su reputación internacional. Y para garantizar, para nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, que no será en el futuro un azar y un tormento el ejercicio del derecho del voto, sino una tranquila función esencial y propia del buen ciudadano, que se podrá realizar sin que vuelva, a haber colombianos asesinados o atropellados por tomar a lo serio lo que la Constitución les ofrece. Y para colaborar a que la vida política colombiana se civilice hasta el punto de que Gobierno y oposición sean modos de servir que se alternen en la confianza pública, y no posiciones irreparables, fruto el uno de la conquista, y la otra de la desesperación.

He confiado al Ejército Nacional, a la Marina y a la Aviación misiones delicadas y trascendentales para la guarda del orden público en las votaciones del 5 de mayo. No tengo para qué repetir que deposito en las fuerzas armadas mi más completa confianza, porque la merecen, y han demostrado ser dignas del más alto aprecio por parte de los ciudadanos de todos los grupos y partidos. A centenares de Municipios ya han llegado o van a llegar las fuerzas armadas antes del domingo, a tomar sobre sus hombros la responsabilidad de que se respeten las leyes y de que se garantice el ejercicio de la función del sufragio. En más de cien Municipios hay Alcaldes nombrados por los Gobernadores, tomados de las filas del Ejército, la Marina y la Aviación. Los hay también tomados de las filas de la Oficialidad de la Policía Nacional, hombres dignos, como los Oficiales de las fuerzas armadas, del respeto, la consideración y la gratitud del país. En anteriores comicios cumplieron semejante cometido, aunque no en tan vasta escala, y lo cumplieron ejemplarmente. Directivas políticas, de todos los candidatos, se han dirigido al Gobierno pidiendo su nombramiento. Este voto espontáneo de confianza que da a la Oficialidad la opinión pública de los más diversos matices, me llena de orgullo, como sé que llena de orgullo y de responsabilidad a las Fuerzas Armadas y a la Policía Nacional y a quienes directamente lo reciben. Alejados, como están, de la lucha política y privados hasta del ejercicio del sufragio, por disposición de la ley, para ellos no hay partidos ni divisiones entre los ciudadanos a quienes van a gobernar por breves días, sino derechos reconocidos en la Carta Fundamental y en las leyes a todo aquel que se presente con justo título a reclamarlos. Acostumbrados a la acción rápida, activos y eficaces, valerosos y serenos, en sus manos está bien puesto el cuidado del orden, y la ley resplandecerá en sus decisiones como brillan los atributos que señalan su condición de hombres de armas. Yo, anticipadamente, agradezco su colaboración y la aplaudo. No hay el recuerdo de que hayan fallado jamás en estas tareas, y en este momento histórico se superarán en el cumplimiento de su deber.

Hemos nombrado, también, Delegados Presidencia les en muchos Municipios. Esta vez en mayor número del que emplearon mis antecesores en otras votaciones igualmente importantes, porque bien se justifica, cuando por primera vez, después de diez y seis años, se presentan a las urnas los partidos tradicionales llevando candidato para la Primera Magistratura. He formulado un llamado ahincado a todos los Delegados Presidenciales para que me presten esa cooperación, y debo decir que, por desgracia, no he sido atendido totalmente. Un gran número de candidatos de los que he tomado de las listas de los Gobernadores o de aquéllas de los partidos o grupos han renunciado a la misión que se les confía. Pero como he procurado nombrar dos en cada Municipio, se entiende que quien acepte el cargo lleva la totalidad de la representación

presidencial, aunque el compañero del partido adversario haya dejado de concurrir. Para mí es una contrariedad y constituye una decepción no haber podido vencer las dificultades que alegan los renuentes a prestar este servicio al país, y tanto más lamentable cuanto era mi propósito que concurrieran representantes de los dos partidos a los Municipios que cubre esta medida. He procurado reemplazarlos, pero no sé si lograré hacerlo en todos los casos.

La misión principalísima de los Delegados Presidenciales, de los Alcaldes Militares, de los Comandantes de las Fuerzas Armadas y de la Policía, lo mismo que la de las autoridades regulares de cada Municipio, es vigilar que las votaciones transcurran normalmente. En éstas van a tener que luchar, y deben hacerlo denodadamente, contra un factor de perturbación que parece amenazar el derecho de los ciudadanos: la coacción ejercida por grupos que pretendan impedir la votación, una vez que hayan votado ellos mismos. No debe haber ninguna consideración que nos haga vacilar ante estos agitadores, cualquiera que sea su filiación o su candidato. Como medidas de precaución debe vigilarse estrictamente que no haya lugares donde se suministre alcohol, cuya venta, desde luego, estará prohibida con anticipación de días en algunos Departamentos, y en todo el país, seguramente desde el sábado. Pero también será preciso aislar a los ebrios y a todos los perturbadores. Quiero recordar que están absolutamente prohibidas las manifestaciones, cualquiera que sea su objeto, y corresponde, por lo tanto, a la autoridad política o militar disolver los grupos que pretendan formarse, y reducir a prisión a quienes intenten turbar la función del sufragio con escándalos, amenazas, gritos, o actos de fuerza. Ni el domingo, durante la votación, ni después de ella, ni el lunes, están permitidas las manifestaciones de cualquiera índole, y la fuerza pública está en la obligación de hacer respetar esta prohibición, tomada en uso de nuestra facultad suprema de prevenir el desorden. Aunque en otras elecciones haya sido permitido el hacer propaganda electoral alrededor de las mesas de votación, en éstas nos veremos obligados a no tolerarla ante las amenazas, que no podemos desconocer, de que sirva de pretexto a coacciones al electorado, el cual, por lo demás, ya está bien advertido de por quién debe votar, y ha de recibir las boletas respectivas con anticipación bastante y en sitios apartados de las mesas donde funcionan los Jurados. Asimismo, es indispensable que las autoridades hagan, desde la víspera, y constantemente el domingo, requisas de armas, y ningún ciudadano podrá acercarse a las mesas de votación o a los sitios abiertos o cerrados donde ellas estén colocadas, con palos, piedras, cuchillos, o armas formales. Todos esos elementos deberán ser decomisados, y a quien se sorprenda con ellos, a pesar de la prohibición terminante, que debe hacerse conocer, en las cercanías de las mesas de votación, será castigado de acuerdo con la ley.

Se ha dicho que en ciertas capitales hay consignas de fuerza y coacción que pretenderán desarrollarse el domingo. Yo no lo creo, y estoy seguro de que antes de esa fecha conoceremos la opinión de los candidatos presidenciales, desautorizando estos presuntos actos de violencia que la ley pena severamente. Quiero recordar a todas las autoridades que el Código Penal señala como delito este género de coacción, en su artículo 286, cuando dice:

“El que mediante el empleo de violencia física o moral, o de maniobras engañosas de cualquier género, impida a un elector ejercer su derecho de sufragio, o lo obligue a ejercerlo en favor de determinado candidato, partido o corriente política, incurrirá en arresto de dos meses a un año y en multa de cincuenta a mil pesos”.

De consiguiente, la autoridad no ha de tener ninguna reserva ni temor alguno de conducir a la cárcel a quienes estén incurriendo evidentemente en tan grave falta, y no cumpliría su deber, si la tolerara.

En las capitales el Ejército nos prestará un auxilio extraordinario, y casi puede decirse que la mayor responsabilidad del orden estará a su cuidado, por cuanto la Policía tendrá que cumplir funciones complejas, especialmente preventivas y tendrá a su cargo, por lo general, la custodia de los Jurados de Votación. En Bogotá la Brigada de Institutos Militares, con todos los elementos necesarios, se encargará de hacer respetar el derecho del sufragio contra cualquier tentativa de violencia, y yo tengo la certidumbre de que no será preciso, que ahora, después de años enteros en que la ciudad ha dado un ejemplo de orden, de respeto, de cultura y de limpieza electoral, nos veamos obligados a proceder con energía para impedir que la reputación de la primera ciudad de Colombia se vea manchada por actos indignos de coacción. No los toleraremos. No creo, por lo demás, que se presenten. Pienso más bien que se han hecho correr esas especies para amedrentar a los ciudadanos pacíficos, a quienes invito, de la manera más calurosa, a que ejerzan su derecho, con la seguridad de que habremos de protegerlos debidamente:

Compatriotas:

Me asalta ahora el temor de que por dibujarse con hondísima sinceridad los sentimientos que yo abrigo contra las deficiencias y corrupciones de que todavía no hemos logrado librarnos, sin que hayamos hecho otra cosa en 136 años de vida independiente que intentarlo y andar un difícil camino de perfección, lleguéis a pensar que yo tengo desconfianza, recelo, injusta prevención contra alguien o contra algo en Colombia, o que tenga incertidumbre sobre el destino de la Patria.

No. Que jamás se interprete así mi pensamiento. Es precisamente porque nadie admira más que yo la bondad del pueblo nativo, su serenidad, su insuperable resistencia a las fuerzas del mal y a las adversidades, su inteligencia y su virtud, por lo que me produce una irritación invencible el que un grupo de gentes sin escrúpulos pudiera hacer brotar de esa cantera nobilísima materias impuras, al choque de la pasión o con las incitaciones a la pequeña e ignominiosa delincuencia. Es precisamente porque veo tan claro, tan alto, tan brillante el porvenir de la República, si logramos superar cada una de estas etapas difíciles, y mientras más difíciles, mejores pruebas para nuestra energía, por lo que me conmuevo ante la posibilidad de que todo eso naufrague, no por los colombianos, sino contra ellos, en un arrebatado de insensatez. Yo he ensayado un Gobierno que no ha necesitado para ser respetado, acogido, ayudado y respaldado por mis compatriotas sino cerrar la válvula a todo sentimiento y propósito que pueda hacer resucitar los odios ancestrales y los instintos primitivos, y sé bien, por lo tanto, que gobernar no es una empresa difícil, y que buscando la cooperación pública, utilizándola y estimulándola, el progreso se produce espontáneamente, en un país tan rico, tan fuerte, tan sólido, en su economía, tan noble en su humanidad. Veo cómo en pocos años más Colombia tendrá todo lo que no ha tenido y ha ambicionado, y cómo se prepara la mejor etapa de su existencia, con sólo continuar los esfuerzos que millones de seres han venido realizando, silenciosamente, para mejorar el destino colectivo y engrandecer a su nación. Nada nos falta, sólo paz, moderación, equilibrio, colaboración. El día en que las agitaciones políticas normales sean sustituidas por una opinión activa que pueda hacerse valer, en cada caso, sin ningún esfuerzo, para constituir el Gobierno; para inclinar la balanza hacia un partido o el otro, sin que ello

implique una catástrofe y un desplazamiento de todas las fuerzas que trabajan, hacia el ominoso vacío y la incertidumbre; para dar su censura o para alentar las empresas que merezcan y necesiten el respaldo de las mayorías, y en que se llegue a estos momentos históricos de decisión, con misma facilidad y libre movimiento con que expresamos, fuera de las urnas, todas nuestras opiniones, Colombia se aproximará al ideal democrático que no es otro sino el de excluir, radicalmente, la violencia de las relaciones políticas de los hombres. Pero, además, sé también que el país lo que quiere, cualquiera que sea el ritmo de la pasión en las plazas durante este debate, es tranquilidad, garantías, sosiego, calma, y, como con secuencia, prosperidad y libertad para buscarla. Yo no he ofrecido cosa distinta, y el país ha manifestado su conformidad a mi Gobierno en una forma inequívoca, que no ha necesitado de una sola exhibición de masas clamantes para ser admitida por toda la colectividad. Ni he dado más que eso, y sin embargo, ha sido bastante para que este transitorio Gobierno se haya señalado, sinceramente, por la inmensa mayoría de los oradores que han hablado en el curso del debate presidencial, como una aspiración para conformar el venidero. ¿Cómo, si ello es así, desatar la locura para obtener la sensatez, jalonar con actos de fuerza el procedimiento para que se prolongue la cordura? No. No será así, no puede ser así. Y quienes de pronto insurjan contra esa voluntad nacional de orden, de paz, de justicia, de garantías, no representan el pueblo colombiano, que ante el Gobierno, que no está pidiéndole nada, se muestra como una agrupación de trabajadores sin rencor, sin odio, sin amargura, sin ánimo de venganza, sin un solo síntoma de demencia.

Pero os quiero decir, también, compatriotas, que no oigáis ninguna voz que os llame, abierta o hipócritamente, a sacrificaros estérilmente o a envileceros con un fraude. A votar, sí. Pero votar no es, ni tiene por qué ser un acto heroico, y cuando se os invita al heroísmo, desconfiad de esas músicas belicosas que os están haciendo marchar hacia el conflicto, para cerrar a otros los canales del sufragio. A votar, sí. Que todo colombiano en capacidad de hacerlo se acerque a cumplir con una obligación indeclinable, porque aquél que la abandone o la desprecie no merece vivir en una sociedad que se ha organizado sobre la base insustituible de conocer, de tiempo a tiempo, qué opina el pueblo sobre sus propios destinos. A quienes, no sé si por insidia o por simple ignorancia me han preguntado si la neutralidad en el debate implica que no habremos de consignar nuestros votos, les he dicho una y cien veces que juzgo que los empleados estamos en una mayor obligación que todos los demás colombianos de cumplir con el primer deber de la ciudadanía, y que mi voto no faltará, como no faltó jamás desde que tuve derecho a emitirlo, y estoy seguro que no faltará tampoco el de ninguno de mis colaboradores, agentes o empleados superiores o subalternos del Gobierno. Sólo que nosotros no hemos participado en la campaña, ni tenemos el derecho de andar pregonando nuestras decisiones, porque precisamente queremos que haciendo caso omiso de ellas, el pueblo escoja con plena libertad al gobernante próximo. A votar, sí. Pero a nada más tienen derecho a llamaros, porque todo lo que se agregue a la pacífica, severa y seria función del voto personal, el domingo próximo, es una adulteración de la democracia. Ya se ha hecho lo que debía hacerse, se han presentado todos los argumentos, inclusive se ha ido más lejos de lo que la dignidad humana aconseja y de lo que la democracia encuentra aceptable, y la campaña ha tenido instantes personalistas y agresivos que desvirtúan su objeto y que, por fortuna, son, o deben ser, inútiles, para un pueblo inteligente y discreto. Lo que resta es un acto sagrado, en que la conciencia íntima de cada ciudadano se debe expresar en silencio, sin algazara, sin forcejeo, sin ansiedad. Y quienquiera que pretenda crear una tempestuosa atmósfera alrededor de las urnas, se puede señalar, desde hoy, como un demócrata sospechoso, y confesará abiertamente que teme que la conciencia colectiva le sea adversa.

Todavía me dirigiré una vez más a vosotros, en los días sucesivos, antes del plebiscito popular del domingo. Pero desde hoy quiero anticiparos que tengo una profunda fe en vosotros, una fe inextinguible en Colombia, y que sé que habremos de pasar esta prueba con dignidad y grandeza.

MADUREZ DE LA DEMOCRACIA

El 8 de mayo de 1946, hechas las elecciones en las que el partido liberal, dividido, perdió ante el candidato conservador, Lleras habló por radio para informar el resultado y comunicar al país su confianza, teñida sin duda de oculto temor, por el mantenimiento de la democracia y la paz.

El 5 de mayo los colombianos sometieron a la prueba más rígida su lealtad a las instituciones republicanas, y salieron de ella todos, por igual, victoriosos. Siento una cálida admiración y un austero orgullo de haber nacido en una Patria que así se comporta. Orgullo, porque entre un millón trescientos mil ciudadanos, que representan legítimamente a la República entera, no había uno solo, como se probó en la severidad de las votaciones y en la manera como se aceptaron, desde la mañana siguiente, sus resultados, que abrigara la más leve desconfianza sobre el sistema democrático que se dieron nuestros abuelos desde que el pueblo comenzó a ser una Nación autónoma. Admiración, porque es un prodigioso espectáculo de cultura política que ese mismo conjunto de hombres, con pleno dominio sobre sus instintos, hayan sometido una áspera controversia sobre el Gobierno de la Nación a la única decisión razonable: que quien tuviese el mayor número, tendría, también, el derecho de predominar con su criterio. Y porque ante el hecho previsto de que el fallo de los electores habría de consagrar, como lo hizo, que el vencedor lo fuera con el concurso de los votos de una minoría, al. paso que las otras 'dos fracciones opuestas sumarían, juntas, un mayor número de votos, la ley moral, la ley política, la ley mecánica de la democracia, de quien reúna el volumen más grande de adhesión, positivamente, a sus ideas, tiene derecho de hacerlas predominar, se ha visto consagrada con el acatamiento unánime sin una sola voz disidente. Si el movimiento se prueba andando, Colombia tiene justo título a decir al mundo contemporáneo: podrá haber, ciertamente, y los hay muchos, pueblos más ricos, pueblos más poderosos, Estados más grandes y de una civilización superior a la nuestra. Pero lo que los colombianos podemos hacer, sin dinero, sin armas, sin el concurso de la naturaleza ni de la industria, es ser un pueblo con dignidad, y lo hemos alcanzado. Muchos de nuestros compatriotas andan aún con el pie desnudo, se alimentan mal, soportan rigores, nuestras fábricas son pequeñas, nuestros capitales insuficientes, nuestras casas mezquinas. Pero cada uno de esos colombianos pobres, cada uno de esos colombianos incultos, cada uno de esos colombianos humildes, puede decir que sus leyes no son menos sabias que las de Inglaterra, ni menos justas que las de los Estados Unidos, ni menos respetadas que las de Suiza. Seguramente si hubiésemos adoptado otros sistemas más fáciles para vivir en comunidad, como suelen ser las tiranías, tendríamos más caminos, más edificios, más aparente riqueza, pero en cambio no llegaría hasta la última de nuestras cabañas, en la sierra o en la llanura, o en la costa, esta espléndida sensación de que su morador es el Gobierno de la Nación, y que periódicamente tiene derecho a decir quiénes son sus delegatarios, sus agentes, los administradores de una propiedad común. Pero aún más: la solidez que han ganado nuestras instituciones, la firmeza de nuestras leyes, la

estabilidad que le da a la República la lealtad con que todas las personas residentes en el territorio las acogen y respetan, va a crear una prosperidad cierta, y llegará el día, más pronto de lo que pudiera pensarse, en que sintamos los beneficios materiales de haber resuelto, a tiempo, un problema a cuya solución millones de seres en el resto del mundo estarían dispuestos a sacrificarle riquezas, tranquilidad y vidas: el problema esencial de la libertad.

El domingo anterior se realizaron en Colombia unas votaciones casi perfectas. No quiere ello decir que hayamos dominado, de una sola vez y para siempre, los vicios congénitos de nuestra juvenil democracia. ¡Pero cuánto hemos andado en el camino de su corrección!

Quienes llevaban la representación del Gobierno se sometieron con rigor y lealtad a las órdenes impartidas, con excepciones cuyo principal castigo estará siempre en la condenación general de tales procedimientos y en la exaltación de las virtudes opuestas a sus faltas. Pero no son las autoridades del país las que merecen elogio. Yo ya lo había dicho, antes del domingo: las autoridades pueden, sí, hacer algo, pero la conducta del pueblo es todo, y es el pueblo colombiano el único que ha de recibir el aplauso de los extraños y provocar el más legítimo orgullo en quienes a él pertenecemos.

El resultado electoral, de acuerdo con las informaciones oficiales recibidas en el Ministerio de Gobierno, sin computar los datos de algunos Municipios y Corregimientos, que no alterarán sensiblemente las cifras definitivas, es el siguiente:

Por Mariano Ospina Pérez	542,986
Por Gabriel Turbay	417,089
Por Jorge Eliécer Gaitán	348,474

En el día de mañana se realizarán los escrutinios municipales. Esa etapa en el proceso electoral no es sino un simple registro oficial de los resultados que se conocieron el domingo. Estando, como están, certificadas por autoridades competentes las informaciones del Ministerio de Gobierno, creo que puedo declarar, sin ninguna reserva, que el doctor Mariano Ospina Pérez ha sido electo Presidente para el próximo período de 1946 a 1950.

En toda la República, a pesar de la trascendencia política que tiene tal resultado, y que implica un cambio de partido en la Rama Ejecutiva del Poder Público, hay completa paz. Mejor aún: el partido que resultó vencido en las elecciones y al cual pertenecen las dos minorías que sufragaron por los doctores Turbay y Gaitán, no sólo se ha apresurado a reconocer la indiscutible legitimidad de la victoria de su adversario, sino que, con una entereza extraordinaria, ha proclamado en manifestaciones populares, serenas y respetuosas, su voluntad de prepararse para la lucha por las posiciones perdidas, en las elecciones venideras, y empleando solamente los mismos recursos y canales que han usado limpiamente sus adversarios para vencerlo. Jamás la democracia ha tenido una mayor grandeza, un más perfecto reconocimiento de su imperio, que en los días que siguieron al cinco de mayo. Porque no ha sido solamente el acto convencional en estas luchas el que subraya la sujeción al mandato de las leyes fundamentales, sino el propio pueblo, de cuya nobleza suele desconfiarse, quien en las propias calles ha demostrado tener una preparación superior para las contingencias

democráticas y amar sinceramente el modo de vivir que se dio, desde el nacimiento de la República bajo la inspiración jurídica de los fundadores

Un solo suceso indigno mancha esta victoria de la democracia colombiana. Sobre sus autores ha recaído y recaerá no solamente la justicia organizada, sino la justa indignación de los colombianos todos, que se sintieron traicionados oscuramente por quienes hicieron afrenta a un pueblo generoso, a una ciudad cultísima, a una sociedad hidalga. Si como Jefe del Gobierno no puedo despreciar la gravedad de ese episodio, permitidme que como compatriota vuestro, y en este instante, lo desdeñe y lo olvide entre el espléndido conjunto de hechos inobjectables, de sencillos sucesos asombrosos que, tal vez no se destacarían tanto sin ese torpe brote de insensatez y de pasión.

En las elecciones últimas reside el secreto si así pudiera llamarse, de la futura paz y prosperidad de Colombia. Tenemos que afirmar, fuertemente con nuestra adhesión irrevocable a ese modo de entender el gobierno de leyes de que habló el General Francisco de Paula Santander, que no podrá haber otro género de conducta, ni en las autoridades, ni en el pueblo, en los tiempos próximos o remotos Nadie, pero menos aún los grupos políticos que no obtuvieron la victoria el cinco de mayo, puede poner en duda la conveniencia de los que se han impuesto definitivamente en ese día. Desde luego, quienes lograron el triunfo y hoy manifiestan su plena conformidad con los procedimientos que se emplearon para asegurar y garantizar su derecho de sufragio, sin coacción ni fraude, no podrían jamás volver sus espaldas, dentro de la buena fe, a una política de honestidad y de imparcialidad de la cual se han servido legítimamente para consagrar propósitos, también legítimos Pero, de su parte, las dos fracciones del partido liberal que fueron a una lucha limpia, sin esperar de las urnas otra cosa que el registro de su opinión, ni del Gobierno un tratamiento de excepción en favor de los suyos tienen el deber de exigir imperativamente, y con todo derecho, que semejantes sistemas prevalezcan, y sean aplicados con el mismo rigor e imparcialidad con que ahora los han visto predominando a través de toda la República.

Estos momentos en que confluye el interés unánime de los colombianos por la prolongación de normas democráticas esenciales, son precisamente los que han de aprovecharse exhaustivamente para fortalecerlas en la conciencia pública. Yo recojo, pues, con sincero entusiasmo, las palabras pronunciadas el candidato triunfante y próximo Presidente de la República, doctor Ospina Pérez, en su última alocución y la primera que en tal carácter ha dirigido a sus conciudadanos, cuando afirmó que en materias electorales seguiría los precedentes sentados por la presente Administración, y no los recibo como un elogio a quien no ha hecho cosa distinta de cumplir con su deber, sino como la promesa de que se irá aún más lejos en el perfeccionamiento de nuestras costumbres y en la corrección de los vicios que todavía restan al sufragio, dejando plenamente abiertas las vías de la opinión para que cualquier mayoría que se forme en el país, favorable o adversa al Gobierno, sea legítimamente reconocida. Y también aplaudo la decisión expresada por jefes del liberalismo, cuando señalan a su partido la obligación moral de defender los progresos alcanzados en estas últimas elecciones, destacándolas como la coordinación adecuada de los programas de esa colectividad con los actos de sus gobernantes. Tengo la más arraigada certidumbre de que en materia electoral podemos avanzar aún más, pero que no podremos retroceder un paso. La inmensa masa de ciudadanos que escogieron libremente sus candidatos, sin intervención del Gobierno, para inclinarla con su influencia, en uno u otro sentido, que sufragaron después con absoluta libertad, forman, desde el cinco de mayo, un ejército de reserva de un millón trescientos mil civiles, que por su propio interés y ante todo, por el interés de la República; han de guardar esa libertad con celo, con

energía, con irrevocable voluntad de no perderla. Esa libertad la deben a las ideas predominantes en el Gobierno hasta hoy, pero es suya, y yo creo tener autoridad completa para prevenirlos de que si alguien mañana quisiera establecer un sistema de hegemonía política y una peligrosa confusión entre los deberes del Gobierno y las exigencias de un partido, y, como consecuencia, desde el Palacio de la Presidencia hasta la Alcaldía de las aldeas naufragara la autonomía de aquel que esté predominando en el Gobierno, y se trocara en una dependencia de la Administración, de nada les habrá valido tener el control sobre una Rama del poder que se convertiría para ellos en una insostenible dictadura, con la única equívoca compensación de ser, a la vez, un azote para sus adversarios.

Quiero decir, también, que el acto democrático que va a cumplirse en Colombia el siete de agosto próximo no tiene muchos precedentes en nuestra vida republicana. Es cierto, sí, que en contadas ocasiones ha habido alternabilidad pacíficamente cumplida, de un partido a otro, en la Presidencia. Pero no por orgullo, y ni menos aún por sectarismo, que vosotros sabéis que no los abrigo, sino porque es necesario que la Nación aprecie exactamente los progresos de su vida cívica, no puedo aceptar que este suceso extraordinario se compare con los que, aun semejantes en la forma, difieren radicalmente en las circunstancias esenciales. Ahora no ha habido preferencia continua o alternativa por ningún candidato; ahora no ha habido presión para que uno u otro lo sea, ni Gobernadores divididos entre los grupos, de opinión del partido dominante, agenciando directamente la división y a la cabeza de ella. Ahora no se ha pronunciado una sola palabra en el Consejo de Ministros que no hubiera podido escuchar la Nación entera con respeto, porque todas correspondieron a la conveniencia de los intereses colectivos que se nos han confiado hasta el siete de agosto. Ahora no ha habido un minuto de vacilación sobre nuestro deber, y nadie, por consiguiente, en la República ha sufrido un instante de incertidumbre sobre qué podría ocurrir, distinto del acatamiento unánime a la decisión de las urnas. Y ahora tampoco se levanta ninguna queja, ni hay una sola recriminación contra una conducta oficial que se anunció hace nueve meses en el más sagrado recinto de la legitimidad y que quedó vinculada al juramento del Primer Mandatario, sobre el cual no hay alternativa para un hombre de honor.

Por eso quiero decir a mis compatriotas que si en 1930 se realizó una proeza democrática a la cual debe el país prestigio y honra, y, también paz, y cultura política, en 1946 el avance es tan sorprendente que no admite duda sobre la imposibilidad de desandar cualquiera de las etapas cumplidas.

Yo había dicho que el país elegiría libremente mi sucesor, y así ha sido. Pero además, había prometido que el Gobierno sería imparcial no sólo entre los dos partidos, sino en los conflictos del partido a que pertenezco, y así fue. Porque muchas veces ocurre que aun con elecciones libres, el proceso democrático puede estar limitado en la facultad de los partidos y los grupos para elegir a su vocero, a su abanderado para la campaña. Y en 1946 hubo plena libertad para que cualquier grupo o partido tomara sus determinaciones, y, por lo que hace a las del liberalismo, me enteré siempre de ellas después de que habían sido tomadas, al tiempo con todos mis compatriotas. Y es preciso que recordéis que el precedente que hemos sentado abarca también la política de imparcialidad anterior a las elecciones, porque sin ella ni nosotros, ni el liberalismo, ni ningún colombiano, podría levantar la cabeza con orgullo para proclamar que en Colombia el pueblo gobierna.

En comunicaciones especiales a los Gobernadores, a los Jefes del Ejército y a los de la Policía, me referiré a la actuación ejemplar que tales autoridades tuvieron el domingo pasado. Por hoy me basta con recoger el testimonio que diez millones de compatriotas han rendido, con emoción, a su conducta.

Y ahora, compatriotas que me escucháis, os voy a pedir perdón para hablaros de algo que no es de interés público y que en realidad, sólo a mí me interesa, porque se trata de mí mismo. Es una digresión puramente personal, a la cual tal vez no tengo derecho.

Nací en un hogar de gentes sencillas, cuyos únicos blasones fueron servicios modestos a la Patria, bien en las escuelas, ya en la agricultura, algunas veces en la política, no pocas en las atroces guerras que padecemos en el siglo anterior. Eran de esa materia dura y rocosa de todos nuestros antepasados, que parece haber cedido en nosotros, los hombres de este tiempo. En el suyo se peleaba, para infortunio de la Nación, a la manera de entonces, con los instrumentos de la época, dentro de las costumbres todavía semibárbaras que prevalecieron hasta esta centuria. No es extraño, pues, que mi infancia se iluminara con los recuerdos guerreros de mis gentes, y que en vez de las vidas de Plutarco se encareciera ante mí la de los varones marciales que en la familia habían perecido en batallas de trágico renombre o combatido en todas partes, en las guerrillas de la oposición castrense. Así eran las cosas hasta hace muy poco. De tal manera que no he podido sustraerme, enemigo como soy de toda violencia, adversario de toda intervención de la fuerza en las controversias de la sociedad política, a recordar, cuandoquiera que me asalta una duda sobre cuál es mi deber y cómo he de ordenar mis pasos, las figuras que en mi casa fueron legendarias, por sus gestos ante la vida y por su resolución ante la muerte. De esos recios ejemplos hay uno sobre cuya grandeza moral entre las cuatro paredes de mi hogar no había duda alguna, pero sobre el cual supe después en las páginas de la historia de Colombia, que fue mucho más discutido. Es un episodio de la guerra que precedió al cambio de régimen político en 1886. Un hombre de armas, ligado a la historia liberal de todos los años anteriores por su valor y actos extraordinarios de abnegación y entereza, y a mi familia estrechamente, comandaba la guarnición de Tunja en donde el Gobierno, hasta entonces liberal, de Rafael Núñez, le había dado el encargo de custodiar un parque de tales proporciones, que su posesión hubiera sido definitiva para la suerte del Gobierno o de la revolución incipiente. Pedro José Sarmiento no estuvo de acuerdo con la evolución nuñista y decidió salir, como entonces se hacía, a pronunciarse en los campos de guerra contra ella. Entregó al jefe militar gobiernista el depósito de armas y municiones que se le había confiado a su honor y a su lealtad, y fue a buscar la reconquista en la revuelta, aunque sólo halló en ella la muerte, al lado de otras gentes de mi raza, en la siniestra acción de La Humareda.

Cómo ha cambiado, para mejor, la suerte de los colombianos, desde aquellos días en que sólo las armas eran la última y la prima ratio, el único argumento, y la ley de la selva regía, casi sin excepciones, sobre un pueblo que podía, sin embargo, enorgullecerse de tener más hombres cultos que la inmensa mayoría de los Estados contemporáneos, en proporción a su importancia. Hoy es muy poco lo que se nos exige, y no hay ya necesarios sacrificios en el altar de la libertad, conquistada y firme para todos. Cuando una Rama del Poder se pierde en las elecciones, quienes tienen la responsabilidad de ella no hacen más tránsito que el de volver a su vida de ciudadanos, en una limpia atmósfera de respeto por sus opiniones y por sus derechos.

Yo he nacido, he vivido y estoy seguro de morir en el seno del partido liberal, a la sombra de cuyas ideas se meció la cuna mía y la de mis antepasados, y por las cuales más de una tumba se abrió en mi familia, prematura y brutalmente. Ese partido ha dado su contribución fe cunda y decisiva para que la Nación, la que nos rodea por todas partes, sea tranquila, sea segura, sea ejemplo para extraños y admiración de nosotros mismos, que la formamos con la sucesión y con la acumulación de nuestros actos individuales. Ha resultado vencido en la más pura de las luchas, pero no está, ciertamente, en desgracia. Alguien podría decir que yo tuve en mis manos el parque de Pedro José Sarmiento, para hacerlo prevalecer, a la fuerza o por la picardía, en la casa de Bolívar. Yo, en realidad, no creía tener un poder semejante, y ni una sola vez, desde el 7 de agosto de 1945, pasó por mi cabeza la idea de que el depósito de confianza hecho por mis compatriotas, podría ser utilizado para beneficio parcial de un grupo de ellos. Pero si hubiera alimentado ese pensamiento abominable, allí habría surgido la legendaria sombra de Sarmiento, atravesada entre mi deber y mi afecto enceguecido. Cómo él, pero aprovechándome de la grandeza presente de Colombia, que no nos exige para servir a la Patria más sacrificio que el de nuestra ambición y nuestras pasiones, de la grandeza que él y centenares como él hicieron posible y que realizó mi partido en el Gobierno, y está realizando ahora mismo, mañana iré a reunirme con mis compañeros de luchas civiles, a librar todas las batallas que la libertad políticariere necesarias. Y estoy seguro de que, de la misma manera que a Pedro José Sarmiento nadie le preguntó por qué había entregado el parque de Tunja, ninguna voz se levantará en Colombia para reprocharme o reprochará mi partido el haber entregado la Presidencia inmaculada, menos gloriosa, sí, ¡pero tan digna de respeto como cuando de ella descendieron los próceres!

Compatriotas:

Mis palabras de esta noche quieren ser para vosotros una invocación emocionada para que conservemos intacto, sin una sola mancha, el grandioso episodio que logramos realizar con la colaboración estrecha de todos, desde que se inició el proceso electoral y que en el día de las votaciones tuvo su culminación espléndida. El país no necesita solamente paz, sino seguridad de que ella se prolongará firmemente, en todos los años venideros. La insuperable ventaja de las luchas que se deciden por los sistemas democráticos y jurídicos es que no dejan amargura alguna, porque el fallo del pueblo es justo, cualquiera que él sea, y nadie podría legítimamente guardar rencor a los compatriotas que no lo acompañan en sus propósitos o que no comparten sus ideas. La impersonalidad del juzgador es precisamente la clave de que ante él se inclinen serenamente todas las conciencias, aun las más enardecidas. Además el austero tribunal de la opinión pública está abierto siempre para volver a apelar ante él, en las elecciones inmediatas o remotas. Lo que sería monstruoso, irritante y perturbador, sería que se cerrara, una vez dictado el veredicto, y eso, ya lo sabemos para siempre, no volverá a ocurrir en Colombia. El no haber nada irreparable en la política cuando ella se realiza por las vías democráticas, es lo que asegura la tranquilidad pública, y es la base fundamental del orden. Algunos compatriotas me han expresado su alarma de que un cambio político en la Presidencia pueda dar pretexto a que viejas pugnas ardorosas que se sucedieron en infortunadas regiones de nuestra Patria, volvieran a abrirse, y yo quiero decirles que no, que ello no sucederá. Hemos oído la voz serena del Presidente elegido que promete y realizará, de seguro, un Gobierno de trabajo y de vigorosa acción administrativa, y así evidentemente es su conveniencia y la de la República. Perturbado, agitado el país, desbordadas viejas pasiones, abierto el cauce sombrío de las retaliaciones, ¿qué Gobierno podría hacerse que mereciera la gratitud pública? Porque tengo la convicción de que nada de eso es posible, ni nadie lo intentará, yo pido a todos mis compatriotas que tengan confianza y que ninguno tome

sobre sí la responsabilidad de iniciar, otra vez, los días que Colombia ha declarado desaparecidos de su historia, cuando pequeñas aldeas y aun ciudades populosas se convirtieron en teatro de escenas locales de violencia estéril, porque no entendieron todos nuestros conciudadanos su deber ante el cambio político y pretendieron presentar una insensata resistencia a la legitimidad, reducida a los límites municipales, pero no por ello menos cruenta. No. El Gobierno próximo tiene el derecho, adquirido en las urnas, al acatamiento de todos, y yo abrigo la certidumbre de que merecerá también su respeto. Nadie puede juzgarlo sino por los propósitos que ha expuesto públicamente en el debate y que ha reafirmado el candidato una vez elegido. Y entre ellos está en primer término, el de mantener la unidad de la Nación, sin perjuicio de que toda disensión de partido encuentre plenas garantías para expresarse, libremente, en todo tiempo y en las votaciones, también, libremente.

Os agradezco la colaboración que he recibido de todos vosotros y sin la cual el Gobierno habría sido impotente para ofrecer el balance favorable que hoy la Nación recoge en gloria, en prestigio internacional, en satisfacción de sí misma. Con un pueblo como el colombiano, la tarea de gobernar, ya lo había dicho, es sencilla, pero hoy quiero agregar que proporciona, al lado de contrariedades y preocupaciones constantes, las más altas, puras y ricas emociones intelectuales. Es como si por llevar la representación accidental de la Patria se la sintiera mejor, más cabalmente, en su deslumbradora grandeza.

Alberto Lleras

(Publicado en www.jorgeorlandomelo.com con autorización de sus herederos)